

## CAPITULO X

Marcha de Alonso Dávila para la provincia de Acalán.—Llegada á una laguna.—Prosiguen su marcha hasta alcanzar un afluente del Grijalva.—El pueblo de Tenosique.—Inquisiciones sobre el camino de Acalán.—Continuación del viaje.—Otra laguna les estorba el paso.—Investigaciones del lugar por donde había atravesado Cortés.—Regreso á Tenosique.—Cuarteles de invierno en las cercanías de este pueblo.—Atraviesan con canoas la laguna y los esteros inmediatos.—Entrada en Acalán.—Se funda una villa llamada Salamanca.—Dávila cambia de opinión, y resuelve abandonar la villa recientemente fundada.—Visita de Mazaclán.—Desvío y tenacidad de los mazotecas.—Decide Alonso Dávila salir á la orilla del mar.—Absoluta carencia de guías.—Un muchacho les indica el camino de Champotón.—Llegada á Champotón.—Informe de Dávila á Montejó acerca de su expedición.—D. Francisco de Montejó, el viejo, relegado á Xicalango después de su destitución del gobierno de Tabasco, y prisión que le hace sufrir Baltazar Osorio.—Recibe en Xicalango el informe de Dávila, y se traslada en canoa á Champotón.<sup>1</sup>

Cumplió Don Juan Enríquez de Guzmán su oferta de proporcionar á Dávila guías prácticos que por las fronteras de Chiapas le llegasen hasta los términos de la provincia de Acalán. Con ellos salió de Chiapas, y atravesó la provincia de los Tzentaletales ó Tzendales. Tenían orden los guías de acompañar á Dávila hasta alcanzar los países cuya lengua les fuese desconocida, y así lo hicieron. Dávila, sin intimidarse por la carencia de prácticos y la ignorancia absoluta de los lugares, pasó adelante, sereno é impertubable: estaba acostumbrado á desafiarse peligros y á explorar lo desconocido. Si des-

<sup>1</sup> Oviedo, op. cit. tomo III, pág. 235.

de que emprendió su marcha en Teapa hubiese seguido el trayecto de Cortés, le hubieran auxiliado con alguna luz, algunos compañeros de este conquistador que llevaba en su ejército; mas extraviado en la frontera de Chiapas, andaba en la más completa oscuridad.

A pesar de todo, siguió su viaje hácia el oriente. Los obstáculos, creciendo cada vez más, bastaban para infundir pavor al corazón más intrépido: no había caminos, ni aún senderos, los soldados tenían qué abrírselos por su propia mano; las peñas tajadas ó abruptas, las corrientes, los anegadizos, los bosques intrincados se sucedían sin dar respiro; insectos ponzoñosos, alimañas salvajes causaban constantes molestias; tornáronse los caballos en carga pesada, en vez de auxilio, porque extenuados, flacos, con las herraduras desportilladas, los lomos plagados de mataduras, tenían que ser llevados al ronzal por sus ginetes.

Después de andar leguas y leguas, sin encontrar población alguna, ya el aburrimiento los carcomía cuando la suerte les deparó salir frente á una laguna que les pareció de diez ó doce leguas de circunferencia, y en medio de la cual se distinguía una isleta y señal de caserío: alegre encuentro que no quisieron desperdiciar; pero como si sintiesen la humedad del agua y estuviesen imposibilitados de llevarla á sus labios, así estuvieron en presencia del pueblo que se dibujaba en el horizonte: no veían esquife alguno para surcar las ondas y trasladarse á la población que en frente les sonreía.

Don Alonso de Luján eligió entre los caballos

los menos maltrechos, y, montando con varios atrevidos ginetes, fué á practicar un reconocimiento por las orillas del lago. Toparon cuatro canoas pequeñas amarradas á los árboles, que de seguro se empleaban para el transporte de pasajeros. Estaban solitarias, pero en estado de poder servir, y para ellos eran hallazgo afortunado. Se apoderaron de las canoas, las ataron todas en forma de balsa, y las rempujaron hasta el sitio donde Alonso Dávila los esperaba con el grueso del ejército.

El embarazo estaba salvado: había ya modo de hacer un desembarque en la isla vecina, y Dávila dispuso que doce ballesteros, metiéndose en la balsa y llevando al nado los caballos, se trasladasen á la isla, y, puesto pié en tierra, devolviesen la balsa para que trasladase el resto de la gente. Fué puntualmente obedecido: los ginetes saltaron en tierra á la par que los caballos, y, montando con presteza, penetraron al pueblo sin temor. Los habitantes atónitos no pensaron en hacer frente, recogieron cuanto podían tener á la mano, y emprendieron la fuga por el lado opuesto. Las familias huían á bandadas, y cuando los ballesteros penetraron á las casas, las encontraron todas desiertas, aunque no desprovistas de buenos alimentos. En su registro, dieron con una mujer inerte y desparvorida, y, sacándola de su escondite, iniciaron con ella estrecha averiguación, inquiriendo la naturaleza de los habitantes del pueblo, su gobernante y si había alguna esperanza de adquirir metales preciosos. A todo satisfizo la medrosa mujer, que era una esclava del cacique del pueblo: les informó que su amo era muy rico, y que su tesoro montaba á

una docena de cargas de oro. Tal noticia deslumbró á los invasores, y, aguzada su codicia, la invitaron á descubrir la guarida de su señor, y á ello se ofreció gustosa: que nada hubiera rehusado entre el temor de la muerte que juzgaba próxima en manos de aquellos extranjeros.

En tiempo que esta información se tomaba, la balsa había dado varios viajes, y todo el ejército estaba acampado en la isleta. Lo que más urgía era apoderarse del tesoro del cacique que ya relumbra con vivos fulgores ante la imaginación de los españoles, y, con este fin, Dávila dejó una guarnición en la isla, al mando de Don Alonso de Luján, y se embarcó con el resto de su tropa, llevando por guía á la cautiva esclava.

La isla había sido desamparada por sus habitantes, los cuales, en espesa turba, ocupaban las orillas circunvecinas, de modo que pudieron pensar los españoles que no se les dejaría saltar en tierra sin una sangrienta refriega. Se apercibieron á ello con denuedo, mas no tardó en desvanecerse todo temor; no tan pronto las canoas pusieron la proa en dirección á las orillas aledañas, cuando éstas se despejaron: los indios huyeron, y con tal prisa que abandonaron muchas cargas de plumas doradas, mercancía con que traficaban mucho y que servía para fabricar hermosos penachos, muy de moda en las comarcas confinantes: los habitantes de la isleta no eran guerreros, sino comerciantes que escaparon despavoridos.

Una vez que Dávila y su fuerza desembarcaron, siguieron su exploración, si bien infructuosa para alcanzar el codiciado tesoro. No dieron con

el cacique, y apenas pudieron cautivar á algunos vasallós de él: caminando bajo del bosque, notaron huellas humanas que les hicieron sospechar que no lejos debían estar algunos de los fugitivos, y, con objeto de no errar el golpe, se aproximaron cautelosamente siguiendo las huellas señaladas en el terreno, y así consiguieron llegar, sin ser sentidos, á un sitio sombrío en que se escondían algunos indios rezagados y pusilánimes, sobre los cuales cayeron de improviso. Siempre era magnífica adquisición: se proveyeron con ellos de guías que tanta falta les hacían, y se volvieron al real de la isleta. Con auxilio de los informes de los prisioneros, se orientaron y pudieron averiguar cuál era el camino de Acalán. Dejaron atrás la isleta y la laguna, y se internaron en el bosque conducidos por los cautivos guías.

El camino fué haciéndose cada vez más húmedo: iban dejando tras sí las níveas crestas de las sierras que aun se diseñaban en lontananza, cerrando y recubriendo sus quiebras, y entraban en llanuras bajas y anegadizas. Luego dieron en plena ciénaga que los forzó á hacer prolijos reconocimientos para vadearla, y, después de penosos ensayos, la hubieron de atravesar. Divisaron una corriente caudalosa: debía ser un gran río, y á él se dirigieron sin vacilar: era más fácil navegar por ríos que vadear ciénagas con el lodo hasta la cintura. En efecto, aquella corriente era uno de los afluentes más notables del Grijalva: era el Usamasinta. En su ribera, y junto á un remanso, entre follaje de extremada frescura, descubrieron un pueblecillo de indios de costumbres pacíficas y hospi-

talarias. Estos no huyeron á la vista del hombre civilizado, no se ocultaron en las selvas; esperaron á los españoles con tranquilidad, y los trataron como amigos: los hospedaron, los alimentaron, los proveyeron de víveres y les enseñaron el rumbo del camino de Acalán. Como había que subir río arriba, les dieron algunos bateleros prácticos y botes. Estos eran pequeños ligeros esquifes de río, largos y angostos, de una sola pieza de madera, escarabados á pulso, y en forma de artesa ó dornajo. ¿Cómo conducir en ellos los caballos, si los hombres á duras podían acomodarse en su interior? La industria y constancia españolas se ingeniaron; el embarazo fué superado con maña: amarraron las canoas de dos en dos, costado con costado, tan estrechamente que parecían cosidas; aseguraron en el centro una vela, y luego metieron los caballos á través, de modo que en una canoa llevasen los pies delanteros y en otra los traseros, y así en esta disposición, dirigidos por los indios prácticos, fueron subiendo el río. La barranca era alta y escarpada por ambas riberas, y, caminadas leguas, distinguieron á cierta distancia de la opuesta orilla, á la luz de los últimos rayos de un sol de verano, casas blancas, alegres, con sus cobertizos pardos, y, al rededor, una extensa sabana ó prado natural cuya verdura formaba risueño horizonte. Se apearon en un recodo menos escarpado y se dirigieron á la vecina población, que no era sino el pueblo de Tanochil ó Tenosique. Llegaron allí en la noche, tomaron rancho, pidieron guías, y se dispusieron á salir á los primeros albores de la mañana. Nada les fué negado, y al día siguiente continuaron su camino, siem-

pre en busca de Acalán. Este trecho era un desierto: ni un solo pueblo, ni una sola choza, ni un caminante denunciaban la existencia del hombre en aquella soledad: se distinguían, en una prolongada llanura, horizontes lejanos de arboledas espesas: caminaban de día bajo los rayos ardientes del sol, y reposaban de noche en tiendas de campaña.

Una mañana, cuando el sol ya había salido regando la tierra con su vivo resplandor, un viento húmedo y fresco empezó á azotar sus rostros. Esta frescura anunciaba la cercanía de las aguas: ¿era el mar, era algún río el que así humedecía la brisa que oreaba sus frentes? No tardaron en salir de la duda. A lo lejos columbraron un claro luminoso entre todo aquel mar de verdura; vapores ligeros y blancos flotaban como un tenue velo; y luego se hizo perceptible una extensa laguna, <sup>1</sup> profunda, espaciosa, prolongada que les cerraba el paso. Se propusieron explorarla, rodearla para buscar vado; pero la tierra se hundía bajo sus pies: la laguna estaba rodeada de pantanos en que no se podía avanzar ni á pié ni á caballo. Sorprendidos, confusos, inquirían de sus guías porqué los habían traído junto á este atolladero; y no daban otra respuesta sino la de que éste era el único camino para Acalán, y que era im-

<sup>1</sup> «A cabo de quince leguas de despoblado, llegaron á una laguna muy grande que tenía de través dos leguas en ancho, de la cual longitud ni sabían ni se podían ver los extremos.»—Oviedo. Op. cit. pag. 240, tomo III.—«Y después de haber andado tres días por unas montañas harto espesas. por una vereda bien angosta, fuí á dar á un gran estero que tenía de ancho más de quinientos pasos.» D. Fernando Cortés. *Carta V de relación*.—Otros autores afirman que el puente de Cortés fué echado sobre un río. Véase á Francisco López de Gomara, *Conquista de México*, y á Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I. pág. 83.

prescindible cruzar la laguna, á menos que se quisiese renunciar á la empresa.

Se recordó que Hernán Cortés había transitado también por aquellos lugares y que había construido un puente de vigas que á su parecer había de ser muy firme y duradero. Debía quedar en pié, y, como pasó el conquistador de Méjico con su ejército, podía Dávila pasar con el suyo. Inquirió de los indios si recordaban por dónde había atravesado Cortés y dónde estaba el puente que construyó. Le confirmaron en sus sospechas: por allí debía de ocultarse el puente que, según contaban algunos, era camino recto para Acalán. En el acto se hicieron diligentes pesquisas á lo largo de la laguna: nada se halló sino algunos horcones sembrados en el agua: las vigas tan gordas como el cuerpo de un hombre de que habla Cortés, habían sido arrastradas por las aguas. No quedaba sino volver á construir el puente, y, sin hesitación alguna, Dávila se propuso imitar á Cortés. No estaba sobrado de gente como él, no le llovían auxiliares indígenas, y sus soldados se secaban de hambre; pero él abundaba en resolución y energía. Púsose á la obra: empezáronse á sembrar los horcones que faltaban, á cortar las vigas, á preparar los bejucos y mimbres para amarrarlas, á arreglar los travesaños; mas con la escasez de hombres, la tarea se prolongó desmesuradamente, y las lluvias, cayendo cada vez más recias, amenazaron inundar á la pequeña hueste. El invierno se aproximaba, y era imposible soportar sus rigores en tan extremado desabrigo. Fué imprescindible tocar retirada, y retroceder, por más duro que fuese el trance. Se re-

plegó Dávila con su fuerza á las cercanías de Tenosique, y, en el centro de unas plantaciones de maíz estableció sus cuarteles de invierno sobre unas lomas que le precavían del agua que iba cubriendo los terrenos bajos en aquella estación.

Era este el invierno de 1530, y debía ser muy crudo en aquellos campos surcados de ríos, arroyos, sembrados de lagunas y de esteros que con las crecientes convierten los prados y las florestas en lugares navegables por pequeños esquifes. Cuatro meses estuvo Dávila aislado en las cercanías de Tanochil, hasta que, á principios de 1531, pudo salir de su aislamiento, merced á los socorros que recibió de los habitantes de Tenosique. Le proporcionaron canoas, con lo cual, y la desesperación que tenía de salir de aquel mal paso, Dávila desistió de su proyecto de reconstruir el puente de Cortés. Aceptó las canoas, las amarró de par en par con bejucos, embarcó los pocos caballos que aún quedaban, y, metiéndose con toda su gente en ellas, se despidió con grandes muestras de agradecimiento de los caritativos habitantes de Tanochil. Atravesó la laguna, y en la orilla opuesta dió con el camino que buscaba.

Pero en vez del camino ancho y bueno que esperaba, no había sino una angosta vereda que servía á los mercaderes de Acalán, y que en partes casi no se distinguía. Los arbustos cerraban el paso y los garranchos amenazaban las cabezas de los transeuntes: fué preciso abrirle de trecho en trecho, porque, de lo contrario, era imposible avanzar.

A pocos días, entraron en plena provincia de Acalán, y Dávila, con el deseo de no azorar á sus

habitantes, desde que la mirada alcanzó el primer pueblo, se detuvo y despachó de mensajeros á varios indios de Tanochil que le acompañaban, á fin de que patentizasen al cacique del pueblo que iba de paz, y que estaba muy distante de su ánimo toda idea de conturbarlos ó molestarlos en lo más mínimo. No estaban, sin embargo, los de Acalán en aptitud de escuchar buenas palabras, recientes como estaban los recuerdos de la expedición de Cortés, de arte que la embajada, en vez de aprovechar, perjudicó. Apenas supieron que los españoles se aproximaban, emprendieron la fuga despavoridos, y fueron á ocultarse en el riñon de la selva con sus esposas é hijos. Fué tanta la premura con que dejaron sus casas que no llevaron ni ropas ni víveres; abandonaron cuanto poseían, y cada casa parecía una alhóndiga: no era de extrañarse, al recordar que esta tierra era toda un pueblo de mercaderes.

No les pesó á los españoles la abundancia de provisiones: se alojaron cómodamente en la capital de Acalán admirando su disposición. Se conocía que la ciudad era notable y bien poblada: había como novecientas ó mil casas de paja con sus paredes enjalbegadas que daba alegría verlas.<sup>1</sup>

A la mañana siguiente se dejaron ver algunos indios: eran enviados del cacique de Acalán que traían un recado para Dávila, pero que andaban recatados con el temor que llevaban en el cuerpo. El jefe español había dado la consigna de que á todos los naturales se les tratase con bondad y se les

<sup>1</sup> Fernández de Oviedo op. cit. tomo III, pag. 242.

infundiese confianza. Los soldados los llamaron y acogieron con agasajo, llevándolos á presencia del teniente de Montejo, que también se mostró con ellos afable y bondadoso; y, oyendo que el cacique deseaba tener con él una entrevista, cosa que deseaba con más veras, se apresuró á manifestarles, por medio del intérprete, que estaba dispuesto á recibir la visita del cacique; que no tardase en venir y volver á su morada, y lo mismo los habitantes del pueblo, pues á todos ofrecía garantía la más completa en su honor, vida y hacienda, de lo cual podían ver muestras claras en el respeto con que su tropa había tratado sus casas desde que fueron ocupadas.

Renació la confianza con este mensaje, y, á poco, el cacique y cuatrocientos indios principales volvieron al pueblo con un rico presente de aves y otros alimentos, y entre ellos ricos tamales de carne envuelta en pan de maíz. Dávila recibió el donativo con agrado, y, conversando despacio y á su gusto y libertad con el cacique, se informó del cacicazgo, de sus pueblos, gente y riqueza. Supo que los habitantes de Acalán traficaban constantemente por mar y por tierra; que en sus canoas salían hasta la laguna de Términos y golfo de México; y que, en sus correrías terrestres, avanzaban de un lado hasta Tabasco y Chiapas, y del otro hasta Honduras y Guatemala. Sus principales artículos de comercio eran cacao, ropa de algodón, tintes, copal, arcilla azul para unirse el cuerpo, y cuentas coloradas de caracoles para adornos y dijes.

Con haberse explayado el cacique en su conversación, causó en el ánimo de Dávila cierta illu-

sión y entusiasmo en cuanto á las ventajas de Acalán, y le decidió con ligereza á fundar allí una población de españoles. Justamente traía la instrucción de poblar en Acalán, y juzgó que no debía desperdiciar ocasión tan acertada, conociendo la comodidad del país, y contando con la amistad del cacique. Fundó una villa, y le puso también el nombre de Salamanca; repartió los pueblos circunvecinos entre varios capitanes, y los declaró encomenderos, asignándoles el número de feudatarios y términos á sus encomiendas, conforme á las costumbres entonces vigentes. Los de Acalán no se mostraron rehacios en aceptar el yugo español: se conformaron con las órdenes de Dávila, y empezaron á servir á sus encomenderos.

Tenía el pensamiento Dávila de que, al salir de Acalán, habría de dejar allí una guarnición que sostuviese al ayuntamiento que había elegido y á los encomenderos nombrados; pero pronto cambió de dictámen y desistió de su propósito, persuadiéndose de que el paraje era inadecuado para que prosperase una villa de españoles.

Los de Acalán eran de condición mansa, industriosos, servían á los españoles con docilidad; pero la provincia estaba aislada entre esteros, ríos y lagunas, y una población de españoles no podía contar con seguridad de relaciones con los países ya colonizados. En caso de un levantamiento, corrían riesgo de ser sacrificados, por falta de auxilios oportunos y de fáciles comunicaciones; no había metales preciosos, sueño encantador de los conquistadores; y, aunque había abundancia de géneros de primera necesidad, basando en el oro y la

plata la fuente de toda riqueza, no auguraban ninguna esperanza de fortuna para lo futuro. A los cuarenta días de fundada la villa de Salamanca de Acalán, ya Dávila abrigaba en su alma opinión diametralmente distinta á la que antes había tenido; juzgaba conveniencia, sino una necesidad urgentísima, despoblar la villa y continuar su marcha de exploración, con todo el grueso de su gente.

El real estaba como á dos tiros de ballesta de un río caudaloso, probablemente el que ahora se llama río de Candelaria, á cuyas márgenes se extendía la ciudad de Acalan. Había que atravesar este río, para seguir el sendero que se diseñaba enfrente. El cacique y sus súbditos se prestaron á facilitar el paso: colocaron tablones sobre el cieno de la ribera, y prepararon canoas. Se cruzó con desahogo el río, y los españoles pronto dejaron atrás los esteros ribereños, y penetraron en un terreno enjuto: servíanles de guías algunos indios de Acalán que voluntariamente quisieron acompañarlos en su peregrinación. Traspasados los límites de Acalán, entraron en el país de los mazotecas, donde el venado abundaba, y en que se adoraba un ídolo bajo la forma de ciervo, porque declaraban los naturales que con esta figura se les había aparecido el dios á quien consagraban mayor veneración.<sup>1</sup> Pensaban que los caballos eran ciervos, y por esto los respetaban profundamente. Dávila volvió luego á tropezar con el obstáculo de las ciénagas, que le obligaban á avanzar lentamente. Su tropa las vadeaba como podía, y así, con grande es-

<sup>1</sup> Villagutierre Sotomayor. *Historia de la conquista del Itzá*, p. g. 42.

trechez y apretura, fueron marchando hasta que toparon un camino ancho, llano y bien barrido que les hizo comprender la existencia de una población en las cercanías. Tomaron alegres aquella vía, y, como el terreno era seco, acertaron á hacer fuego de que varios días habían carecido por la humedad, y, con nuevos alientos, apresuraron su marcha, ansiosos de algun reposo para sus quebrantados cuerpos.

Todavía les faltaban contratiempos: la población se distinguía perfectamente con sus casas grises y sus pardas albarradas: no había sino andar algo más, y era seguro el refrigerio. Su decepción fué grande cuando, en vez del cabo del pueblo y del trasoñado descanso, vieron que el terreno era desigual, sembrado de grandes agujeros cubiertos con ramas diestramente esparcidas, y que ocultaban agudas estacas clavadas en el fondo: todos estos siniestros preparativos eran presagios de próximo combate, y, en vez del reposo, iban á empezar talvez encarnizada batalla. No obstante, no se veía un solo enemigo: abandonaron el camino, y entraron por sus flancos al bosque, decididos á abrirse paso y llegar á la población á todo trance: por fortuna, nadie los hostilizó durante el áspero trabajo de avanzar cortando el monte.

Aquel pueblo era Mazaclán. Estaba cercado de un muro de madera hecho de vigas gruesas unidas y ligadas estrechamente con flexibles bejucos, con claros, de trecho en trecho, á guisa de saeteras, que sin duda servían para lanzar las flechas. Alrededor de estos muros, había hondos fosos surtidos de agua por una profunda ciénaga que lindaba con uno de los costados de la ciudad. Se entraba por

un puente de madera que servía de única puerta, y, no lejos, se erguía sobre una alta peña un mamparo de piedra que semejaba garita. La vista de tantos aparatos de defensa sobrecogió á los españoles, haciéndoles temer una celada. Entraron bien apercebidos y despiertos, no queriendo ser sorprendidos; pero todas sus precauciones resultaron vanas: la ciudad estaba desierta, las casas desamparadas de sus dueños: se alojaron á su gusto, descansaron á pierna suelta, é hicieron festin con los bastimentos de pavos y pan de maíz.

En los días siguientes, viendo que ninguno de los mazotecas asomaba ni por uno ni por otro lado, Dávila sacó guerrillas á explorar el campo. Los habitantes se habían internado en lo más intrincado de la selva, y sólo á trueque de exquisitos reconocimientos, pudieron aprehender á algunos indios, sin que con esto se hubiese ganado una pizca: estuvieron tan firmes en guardar la más absoluta reserva que ni con caricias, ni con amenazas, ni aun con tormentos revelaron cosa alguna: los molieron á preguntas y á todas contestaban con el silencio más obstinado. Fué preciso renunciar á toda investigación por su medio; empero, de las correrías que hicieron los españoles sacaron en limpio que la tierra era pobre: no había minas, no había metales preciosos, la población era poca, y tan indómita que no daba esperanzas de aprovecharse de ella. Los mazotecas negaban todo auxilio, rechazaban toda insinuación, y repugnaban aun la compañía de los extranjeros: no había uno solo que quisiese mostrar un camino, proporcionar un dato: antes que socorrer de la más leve manera á los españoles,

se hubieran dejado matar. A duras penas hubieron éstos de dar con un niño que se prestó á servirles de guía, para mostrarles el camino de la playa: los condujo á traves de ciénagas y de bosques casi impenetrables hasta la provincia de Champotón. Entre tantas fatigas, muchos soldados habían perecido, y los que sobrevivían ansiaban ver la mar por dónde comunicarse más facilmente con sus compañeros de armas de Tabasco. Volver por el mismo camino hubiera sido locura, así que no puede medirse el júbilo que les sobrecogió cuando, al salir de un espeso oquedal, asomaron á una extensísima y verde pradera, con una encrucijada que bien denotaba que por allí debía de transitar bastante gente. Los caminos que por distintos rumbos dirigían estaban trillados, señal cierta de que comunicaban lugares populosos. Pareció á Dávila aquella encrucijada lugar adecuado para pasar la noche: por allí habían de pasar algunos caminantes, y, deteniéndolos, podía utilizarlos para mostrar el camino más corto que condujese á la orilla del mar. Asentó su real en la sabana, á poca distancia de la encrucijada, y colocó algunas emboscadas con hombres en vela que tenían la instrucción de aprisionar á los transeuntes y llevarlos á su presencia. Entrada la noche, los centinelas oyeron ruido de pasos que cada vez se iban acercando: podían ser bestias salvajes; pero más probable era que fuesen viandantes. A la poca luz que derramaban las estrellas, distinguieron cinco individuos que á grandes trancos iban inclinados bajo la carga que llevaban, y que parecía ser bastante pesada. Repentinamente los sencillos cargadores se vieron



cercados de hombres blancos y barbados, armados de punta en blanco: el espanto no les permitió ni escaparse ni resistir; se entregaron dóciles y sumisos. Eran cinco indios con carga de sal que habían recogido en las salinas de la costa, y que regresaban á su hogar. Presentados al teniente Dávila, y examinados sobre todos los particulares que podían interesarle, le informaron que no lejos de allí estaba el pueblo de Champotón, y se prestaron gustosos á conducirle á él. Al día siguiente, toda la tropa se puso en movimiento, en pos de aquellos prácticos que el destino les había deparado, y en la tarde llegaron á la capital de los Couohes.

El cacique y habitantes de Champotón, deponiendo la fiereza de otras veces, salieron á recibirlos con agrado y les ofrecieron hospedaje, alimentos frescos para la gente, y pastura verde para los caballos: no parecían ser los mismos guerreros que habían rechazado á fuego y sangre á Hernández de Córdoba. Aposentados en Champotón, pudo Dávila conocer y estudiar á su gusto la población y penetrarse de sus recursos: el pueblo estaba rodeado de un muro de albarrada guarnecido de fosos; había en el interior como ocho mil casas de paja, y algunas de piedra y azotea.<sup>1</sup> A los españoles alojaron con separación de los habitantes; pero intramuros, con la comodidad apetecible. Les dieron varias casas de paja fabricadas alrededor de una plaza espaciosa, y los proveyeron abundantemente de maíz, aves y otros comestibles, de modo que nada les faltase, y hasta los caballos pudieron refocilarse en caballerizas de paja cómodas y repletas de forraje.

<sup>1</sup> Fernández de Oviedo, op. cit. tomo III. pag. 244.

Los soldados de Dávila fueron tratados á cuerpo de rey: fuera de los bastimentos que tenían en casa á su disposición, les traían diariamente una pava para cada uno, y pescado fresco con que pudieron regodearse á su sabor. Para distraerlos, venían por las tardes, frente á la morada de Dávila, entretenidas comparsas de música y baile: allí ejecutaban varios pasos y contrapasos que por lo nuevo, variado y donoso, entretenían singularmente á los españoles. Admiraban la agilidad de los movimientos, la serie de las figuras, las contorsiones, los saltos y brincos al compás de la música, con la cual iban siempre acordes los bailarines.

Un día Dávila, con varios capitanes y soldados, salieron á dar una vuelta por el pueblo, y en su paseo llegaron hasta la playa. No lejos de allí, sobre un isleo rocalloso, sobresalía un blanco edificio de piedra que contrastaba con lo azul del mar. El tiempo estaba tranquilo, puro, exquisito, y convidaba á prolongar el paseo surcando las ondas irizadas por la brisa suave, fresca y deliciosa: metiéronse, pues, en un bote, y fueron á visitar el edificio que llamaba su atención y curiosidad. Era un templo idolátrico formado por una torre blanquísima de piedra, levantada sobre diez ó doce gradas. Allí se veneraba á los dioses de la pesca, Ahkak, Nexoi, Ahpuá, Ahcitz y Amalcum. Los muros del templo estaban tapizados de esqueletos de pescado, cabezas de tiburón, conchas de tortuga, careyes, y grandes pescados disecados. Dávila y sus compañeros no pudieron tolerar la vista de las falsas deidades, y, de pronto, sin pensar en las consecuencias, tomaron los ídolos por la cabeza, y los

arrojaron al mar, y, en su lugar, levantaron una cruz, con grande asombro de los indios que contemplaban estáticos la destrucción de sus dioses. Sin embargo, no parece que ni el cacique ni sus vasallos hubiesen tomado á mal aquella acción; continuaron amigos, y, aun algunos, no sabemos si por convencimiento, por temor, ó por viveza, renegaron de la idolatría, y pidieron ser bautizados. Entre ellos se mostró ardiente neófito el mismo cacique, quien pidió el bautismo, y fué apadrinado por el mismo Alonso Dávila, cuyo nombre se puso al nuevo cristiano.

No descuidó el valiente jefe español su principal deber, y, como por falta de buques no podía trasladarse inmediatamente á Tabasco, tan pronto como llegó á Champotón escribió una relación circunstanciada de su viaje al adelantado Montejo, y la envió en una canoa á Xicalango, pueblo el más inmediato ocupado por españoles.

Principiaba la primavera del año nuevo de 1531, cuando el adelantado Montejo recibió la comunicación de Alonso Dávila en que le participaba los sucesos de su asendereado viaje á través de Acalán y su llegada á Champotón. Jubiloso y satisfecho estuvo el Adelantado con saber de sus compañeros de armas, cuya suerte, con la tardanza y falta de noticias, ya le preocupaba; y, ganoso de verlos, de abrazarlos y conversar con ellos, decidió trasladarse á Champotón sin más demora, pues que los momentos le parecían siglos en su ansia de saludar á sus soldados. Estaba entonces el Adelantado en Xicalango, porque, desde la partida de Dávila, muy graves acontecimientos se habían

verificado en Nuestra Señora de la Victoria. Baltazar Osorio, su antecesor en el gobierno de Tabasco, á quien tantas consideraciones había dispensado, simulando moderación y conformidad se despidió de su antiguo distrito de gobierno para irse á México; pero no tan pronto llegó á la capital de la Nueva España y se hubo presentado á los oidores, puso en juego todos sus medios y recursos á fin de que le restituyesen el gobierno, cuya pérdida, á lo que parece, le escocía demasiado. No podemos decir de qué influencia se valió; pero sí es inconcuso que trabajó con tal éxito que la misma Audiencia que lo había destituido le volvió á nombrar alcalde mayor de Tabasco, ordenándole que se regresase á Nuestra Señora de la Victoria, y que, sin pérdida de tiempo, entrase de nuevo en la posesión de su encargo.

Grande asombro y disgusto causó á Francisco de Montejo, el viejo, la noticia de su destitución, que venía á trastornar sus planes de conquista de Yucatán, pues que se proponía apoyarse en su gobierno de Tabasco para llevar á buen término la sujeción de la península yucateca. Mayor indignación y desconsuelo sintió cuando se vió víctima de la malquerencia de su afortunado rival. Baltazar Osorio, llegado á Nuestra Señora de la Victoria, no se detuvo en contemplaciones, y se propuso aplastar á Montejo y á su partido: hizo prender al Adelantado<sup>1</sup> y á sus principales amigos, y los metió á la cárcel pública incomunicados y con centinela de

<sup>1</sup> Cédula á Juan de Lerma, en favor de Francisco de Montejo, fecha en Ocaña á 4 de Abril de 1531.

vista, mandando, al mismo tiempo, incautar todos los bienes de Montejo. No fué del número de los aprehendidos Francisco de Montejo, el mozo, sin duda á causa de residir en Xicalango, pueblo de la encomienda de D<sup>a</sup> Beatriz de Herrera, esposa legítima de su padre. La prisión de éste no desalentó ni á su hijo, ni á sus partidarios. Un amigo suyo, fiel y adicto, bastante influyente en Madrid, Juan de Lerma, escribió desde la isla de Cuba, el 23 de Noviembre de 1530,<sup>1</sup> un memorial detallado al Rey, en que, haciendo la apología de Francisco de Montejo, el viejo, y la narración de sus trabajos en servicio real en Yucatán, Cozumel y Tabasco, se quejaba enérgicamente de los agravios é injusticias chocantes que había recibido sin merecerlo de la Audiencia de México, y en especial de su competidor Baltazar Osorio. Esta exposición hizo eco en la metrópoli, y, en cuatro de Abril de 1531, se despachó cédula á la Real Audiencia de México, ordenándole perentoriamente que, practicando información sumaria sobre los sucesos de Tabasco, hiciese pronta y expedita justicia.

Baltazar Osorio no esperó que la Audiencia tomase cartas en el negocio: de seguro su propósito fué tan sólo intimidar á sus adversarios con un golpe de mano, pues pasados algunos días, puso en libertad á Montejo y á sus paniaguados, quienes fueron á refugiarse á Xicalango. Era la razón por la cual Francisco de Montejo, el viejo, permanecía allí, en espera de la resolución de la corte, cuando recibió la carta de Alonso Dávila, que tanto alivio

<sup>1</sup> Carta de la Reina, fecha en Ocaña á 4 de Abril de 1531, al presidente y oidores de la Audiencia y Chancillería de Nueva España.

vino á traerle en el trance riguroso por que estaba pasando en aquellos momentos: se embarcó con cuantos quisieron acompañarle, y se hizo á la vela para Champotón. La vista de las canoas en que se izaba la bandera española fué anuncio de júbilo para Dávila, y el alborozo se colmó cuando, ya en tierra el Adelantado y su séquito, pudieron contarse mutuamente y á su sabor la patética historia de sus desventuras.